

Emmanuel Carrère

El bigote

Traducción de Esther Benítez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

La moustache

© P.O.L. éditeur

París, 1986

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Kostov / Shutterstock

Primera edición: septiembre 2014

Primera edición impresa en Argentina: mayo 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7901-8

Depósito Legal: B. 14314-2014

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

Para Caroline Kruse

—¿Qué dirías si me afeitara el bigote?

Agnès, que hojeaba una revista en el sofá del salón, soltó una breve risa y después contestó:

—Sería una buena idea.

Él sonrió. En la superficie del agua, en la bañera donde remoloneaba, flotaban islotes de espuma salpicados de pelitos negros. Tenía una barba muy recia que lo obligaba a afeitarse dos veces al día si no quería verse, por la noche, con el mentón azul. Al despertar, despachaba la tarea frente al espejo del lavabo, antes de ducharse, y no era sino una serie de gestos maquinales, desprovista de toda solemnidad. Por la tarde, en cambio, ese trabajo se convertía en un momento de relax que organizaba con esmero, tomando la precaución de dejar correr el agua por la alcachofa de la ducha, para que el vapor no empañara los espejos que rodeaban la bañera empotrada, colocando un vaso al alcance de la mano, y extendiendo profusamente luego la espuma sobre la barbilla, pasando y volviendo a pasar la navaja

con cuidado para no cortarse el bigote, cuyos pelos igualaba después con unas tijeras. Debiera o no salir y tener buen aspecto, este rito vespertino ocupaba su lugar en el equilibrio de la jornada, al igual que el único cigarrillo que se permitía, desde que había dejado de fumar, después del almuerzo. El tranquilo placer que le proporcionaba no había variado desde el final de su adolescencia, la vida profesional lo había aumentado, incluso, y cuando Agnès se metía cariñosamente con el carácter sagrado de sus sesiones de afeitado, le contestaba que era, en efecto, su ejercicio zen, la única playa de meditación consagrada al conocimiento de sí y del mundo espiritual que le dejaban sus inútiles pero absorbentes actividades de joven ejecutivo dinámico. Agresivo, corregía Agnès, tiernamente burlona.

Ahora ya había terminado. Con los ojos entornados, todos los músculos en reposo, escudriñaba en el espejo su propio rostro; se divirtió exagerando su expresión de húmeda beatitud y después, cambiando a ojos vistas, de virilidad eficaz y decidida. Un resto de espuma se adhería a la punta del bigote. Sólo había hablado de afeitárselo en broma, como hablaba a veces de cortarse el pelo muy corto; lo llevaba semilar-go, peinado hacia atrás.

—¿Muy corto? ¡Qué horror! —protestaba infaliblemente Agnès—. Con el bigote, encima, y la cazadora de cuero, ¡menuda pluma!

—Pues puedo quitarme también el bigote.

—Me gustas con él —concluía ella.

A decir verdad, nunca lo había conocido sin él. Llevaban cinco años casados.

—Bajo al supermercado a hacer unas compras —dijo Agnès asomando la cabeza por la puerta entreabierta del cuarto de baño—. Tendremos que marcharnos dentro de una media hora, o sea que no te entretengas.

Oyó un roce de telas, se estaba poniendo la chaqueta, el ruido del manojito de llaves que recogía de la mesa baja, la puerta de entrada que se abría y después se cerraba. Habría podido conectar el contestador, pensó, ahorrarme una salida chorreante del baño si suena el teléfono. Bebió un sorbo de whisky, hizo girar en la mano el gran vaso cuadrado, encantado con el tintineo de los hielos; bueno, de lo que quedaba de ellos. Pronto iba a levantarse, secarse, vestirse...

Dentro de cinco minutos, se concedió, disfrutando con el placer de la tregua. Se imaginaba a Agnès avanzando hacia el supermercado, taconeando por la acera, esperando en la cola, delante de la caja, sin que eso hiciera mella en su buen humor ni en la vivacidad de su mirada: siempre se fijaba en pequeños detalles raros, no forzosamente divertidos en sí, pero de los que sabía sacar provecho en los relatos que después hacía. Sonrió otra vez. ¿Y si le diera la sorpresa, cuando subiera, de haberse afeitado de veras el bigote? Cinco minutos antes, ella había declarado que sería una buena idea. Pero no había podido tomarse en serio su pregunta, no más que de costumbre, en cualquier caso. Le gustaba con bigote, y él también se gustaba, por otra parte, y eso que con el tiempo se había desacostumbrado de su rostro lampiño: realmente no podía saberlo. De todas formas, si su nueva cara no les gustaba, siempre podría dejarse crecer el bigote; tarda-

ría unos diez o quince días, durante los cuales haría el experimento de verse distinto. ¿O es que Agnès no cambiaba regularmente de peinado, sin avisarle? Él se quejaba siempre, le hacía escenas paródicas, y cuando empezaba a acostumbrarse, ella se había hartado y aparecía con un corte nuevo. ¿Por qué no él también? Sería divertido.

Rió silenciosamente, como un chiquillo que prepara una trastada, y después, alargando el brazo, dejó el vaso vacío en el tocador y cogió un par de tijeras para la tarea de desbaste. Enseguida se le vino a la cabeza que aquel montón de pelos podía obstruir el sifón de la bañera: para eso bastaban unos cuantos cabellos, y luego era todo un follón; había que echar uno de esos productos desatascadores a base de sosa que apestaban durante horas. Se apoderó de un vaso de dientes que colocó en el reborde, en precario equilibrio delante del espejo, e, inclinándose sobre él, empezó a cortar en la masa. Los pelos caían al fondo del vaso en mechoncitos compactos, muy negros, sobre el sedimento blanco de cal. Trabajaba lentamente para no desollarse. Al cabo de un minuto levantó la cabeza, inspeccionó su obra.

Si era sólo por hacer el tonto, también podía detenerse en ese momento, dejar su labio superior engalanado con una vegetación irregular, vivaz aquí, rala allá. De niño, no entendía por qué los adultos varones nunca sacaban un partido cómico de su sistema piloso, por qué, por ejemplo, un hombre que decidía sacrificar su barba solía hacerlo de una sola vez, en lugar de ofrecer a la hilaridad de amigos y conocidos,

aunque sólo fuera un día o dos, el espectáculo de una mejilla lampiña y otra barbuda, de un medio bigote o de patillas en forma de Mickey, payasadas que una pasada de maquinilla bastaba para borrar tras haberse divertido con ellas. Qué raro que la afición a ese tipo de caprichos se difumine con la edad, justamente cuando resultan realizables, pensó, comprobando que también él, en semejante ocasión, se plegaba a la costumbre y ni se le ocurría ir a cenar con aquella pinta a casa de Serge y Véronique, viejos amigos, sin embargo, que no se hubieran molestado. Prejuicio pequeño burgués, suspiró, y siguió manejando las tijeras hasta que el fondo del vaso de dientes estuviera lleno, el terreno ya propicio para el trabajo de la navaja.

Había que darse prisa, Agnès regresaría de un momento a otro y el efecto sorpresa se iría al garete si no había terminado a tiempo. Con las alegres prisas de quien empaqueta un regalo en el último minuto, aplicó crema de afeitar en la zona desbrozada. La maquinilla rechinó, arrancándole una mueca; sin embargo no se había cortado. Nuevos copos de espuma punteados de pelos negros, aunque mucho más numerosos que los de hacía un rato, cayeron en la bañera. Lo repitió dos veces. Pronto su labio superior estuvo más liso aún que sus mejillas: un buen trabajo.

Aunque su reloj era sumergible, se lo había quitado para bañarse, pero la operación no había durado, según sus cálculos, más de seis o siete minutos. Mientras daba los últimos toques había evitado mirarse al espejo para reservarse la sorpresa, verse como Agnès lo iba a ver muy pronto.

Levantó la vista. Nada del otro jueves. El bronceado del esquí de Semana Santa perduraba aún un poco en su cara, de forma que el lugar del bigote recortaba en ella un rectángulo de una palidez desagradable, que parecía incluso falso, pegado: una falsa ausencia de bigote, pensó; y ya, sin abdicar completamente del malicioso buen humor que lo había empujado a hacerlo, lamentaba un poco su gesto, se repetía mentalmente que el desastre se arreglaría en diez días. Así y todo, habría podido hacer aquella gracia en vísperas de las vacaciones, mejor que después: se hubiera bronceado totalmente, y también le habría crecido otra vez de forma más discreta. Menos gente se enteraría.

Meneó la cabeza. Bueno, no era nada grave, no había por qué atormentarse. Y el experimento, al menos, habría tenido el mérito de probar que el bigote le sentaba bien.

Se levantó, apoyándose en el reborde; quitó el tapón de la bañera, que empezó a vaciarse ruidosamente mientras se envolvía en la toalla. Temblaba un poco. Delante del lavabo se friccionó las mejillas con after-shave, dudando si tocar el sitio lechoso del bigote. Cuando se decidió, un picor le hizo fruncir los labios: la irritación de una piel que desde hacía casi diez años no había conocido el contacto del aire libre.

Apartó los ojos del espejo. Agnès ya no tardaría. De repente descubrió que le inquietaba su reacción, como si volviera a casa después de pasar una noche fuera, engañándola. Se dirigió al salón, donde había colocado, en una butaca, la ropa que pensaba llevar esa noche, y se la puso con furtivo apresuramiento.

Con los nervios, tiró demasiado fuerte de un cordón del zapato, que se rompió. Un gorgoteo vehemente le anunció, mientras renegaba, que la bañera había terminado de vaciarse. En calcetines volvió al cuarto de baño, cuyas baldosas mojadas le hicieron contraer los dedos de los pies; pasó el chorro de la ducha por las paredes de la bañera hasta que los restos de espuma y, sobre todo, los pelos desaparecieron totalmente. Se disponía a fregarla con el producto guardado en el armarito de debajo del lavabo, para ahorrarle ese trabajo a Agnès, pero se arrepintió al pensar que, al hacerlo, se comportaría menos como marido atento que como criminal deseoso de eliminar todo rastro de su fechoría. Vacío, en cambio, el vaso de dientes que contenía los pelos cortados en el cubo de metal, cuya tapa se alzaba con un pedal, y después lo aclaró con cuidado, aunque sin raspar la capa de cal. Aclaró también las tijeras y a continuación las secó bien para que no se oxidaran. La puerilidad de este camuflaje le arrancó una sonrisa: ¿para qué limpiar los instrumentos del crimen cuando el cadáver se ve a la legua?

Antes de regresar al salón echó un vistazo circular al cuarto de baño, evitando mirarse al espejo. Luego puso un disco de bossa nova de los años cincuenta y se sentó en el sofá con la penosa impresión de estar en la sala de espera de un dentista. No sabía si prefería que Agnès volviera enseguida o se retrasara, dejándole un momento de respiro para reflexionar, para devolver su gesto a sus justas dimensiones: una broma; en el peor de los casos, una iniciativa desdichada

de la que ella se reiría con él. O se declararía horrorizada, y sería igual de gracioso.

Sonó el timbre de la puerta; no se movió. Transcurrieron unos segundos; después la llave escarbó en la cerradura, y, desde el sofá, del que no se había movido, vio a Agnès entrar en el vestíbulo, empujando la puerta con el pie, con los brazos cargados de bolsas de papel. Estuvo a punto de gritar, para ganar tiempo: «¡Cierra la puerta! ¡No mires!» Al divisar sus zapatos en la moqueta se arrojó precipitadamente sobre ellos, como si la tarea de ponérselos pudiera absorberlo mucho tiempo, evitándole mostrar el rostro.

—Habrías podido abrir —dijo Agnès sin acritud, al verlo congelado en aquella postura, al pasar. En vez de entrar en el salón, se fue derecha a la cocina, y, aguzando el oído, él escuchó, al fondo del pasillo, el ligero zumbido de la nevera que ella abría, las bolsas arrugadas a medida que retiraba sus compras; después, sus pasos que se acercaban.

—¿Se puede saber qué haces?

—Se me ha roto un cordón —masculló sin levantar la cabeza.

—Pues ponte otros zapatos.

Ella rió, se dejó caer en el sofá, a su lado. Sentado sobre el borde de las nalgas, con el busto rígidamente inclinado sobre los zapatos, cuyos pespuntos escudriñaba sin verlos, estaba paralizado por lo absurdo de la situación: si había gastado aquella broma era para recibir a Agnès todo ufano, exhibirse burlándose de su sorpresa y, si acaso, de su desaprobación, y no para acurrucarse con la esperanza de diferir lo más posible

el momento en que ella lo vería. Era preciso reaccionar a toda prisa, recuperar la ventaja, y, animado quizá por la peroración untuosa del saxofón en el disco, se levantó con un movimiento brusco y se dirigió, dándole la espalda, hacia el pasillo, donde estaba el armario de los zapatos.

—Si quieres ponerte éstos —le gritó ella—, siempre se le puede hacer un nudo al cordón, hasta que compremos un par de recambio.

—No, da igual —contestó, y sacó un par de mocasines que se calzó de pie, en el pasillo, forzando las palas. Por lo menos no habría problemas de cordones. Respiró a fondo, se pasó la mano por la cara, demorándose en el sitio del bigote. Era menos chocante al tacto que a la vista; Agnès no tendría más que acariciarlo mucho. Se forzó a sonreír, sorprendido al comprobar que casi lo conseguía; empujó la puerta del armario, calzándola con el cartón que impedía que se entreabriera, y regresó al salón, con la nuca un poco tiesa, pero sonriente, a cara descubierta. Agnès había quitado el disco y lo metía en la funda.

—Quizá debiéramos marcharnos ya —dijo volviéndose hacia él, antes de cerrar despacio la tapa de la platina, cuyo botón rojo se apagó sin que él la hubiera visto apretar la tecla.

Al bajar al sótano donde se encontraba el garaje, ella echó un vistazo a su maquillaje en el espejo del ascensor, después lo miró a él con aire aprobador; pero esa aprobación, evidentemente, se refería a su traje y